

LA TIENDA DE JUGUETES

Evaluna

Érase una vez un comercio anclado en el tiempo y entre dos insulsas franquicias que sobrevivía en una calle principal de una ciudad cualquiera. Revestido por dentro y por fuera de mohosos paneles de madera, hacía las delicias de nostálgicos mayores y de jóvenes por el día, mientras escondía un secreto aún más jugoso por las noches.

Y es que cada anochecer, al dar las doce con su inexorable compás, el reloj de resorte que presidía muy serio la estancia, la tienda hacía acopio de toda la magia que quedaba en el mundo y cobraba vida.

Los primeros en intuir el gran momento, como casi siempre, eran los *frisbis*, las raquetas, las combas y las pelotas redondas, ovaladas, de plástico o cuero, de la sección de deportes. Empezaban a gemir lastimeramente y a dar vueltas sobre sí mismos, ansiosos desde sus baldas, previendo la hora de salir a pasear.

Barbis, *nancis*, *piniponas* y *barriguitas* de cuerpos no normativos se remangaban sus pomposos vestidos para abalanzarse sobre aquellos y dar comienzo al torneo en el centro mismo del local.

La reina negra cabalgaba entonces junto a su hermana sobre sendos caballos blancos dirigiendo huestes de peones, indios y *legos* con y sin uniforme contra los fuertes de piratas y vaqueros que para entonces ya andaban sacando brillo a sus cañones anticipando una buena batalla.

Los bebés de las familias *silvanas*, sin tener en cuenta orden, clase, *fillum* o especie, elegían vehículo según su propio criterio y se situaban en las marcas de las calles de los circuitos de carreras, quemando rueda mientras esperaban escuchar el gatillo de salida.

Los peluches, de todas las formas, texturas, rellenos y tamaños, se dirigían sin prisa, pero sin pausa hacia el arenero de la esquina posterior derecha, donde iban a cumplir el sueño de los más chiquitines de la casa: ¿dormir plácidamente en una habitación de colores neutros escuchando ruido blanco? No hombre, no. Se disponían a mancharse, ensuciarse y revolcarse unos sobre otros entre mocos y risas.

Los *x-man* en cambio, muy dignos ellos, dejaban sus armas en el suelo, tapaban sus músculos y sus vergüenzas con preciosas chaquetillas de diseños chillones y comenzaban a afilar cuchillos y tijeras del pasillo de las cocinitas para preparar el banquete.

Los instrumentos se afinaban unos a otros en un hermanamiento que difícilmente se hacía soportable al oído más exquisito, al tiempo que pacientes *dinosaurios*, *serpientes e insectos* armaban los puzles que conformarían el escenario.

La doctora de los juguetes ponía a punto su instrumental y se preparaba para suturar, pegar, recolocar cabezas y extremidades y embalar a los heridos tras la fiesta.

Pepa la cerda y el *bebé verde jedi* ensayaban una coreografía con sus espadas láser mientras *guerreros de las estrellas* y *muñecas lol* les jaleaban dando brincos desde las gradas.

Todas las pilas, baterías y cables se extraían, desenchufaban y almacenaban cuidadosamente en el paragüero de la entrada. Bajo la luz de la luna, en este país de los sueños, nada ni nadie iba a estar programado para hacer nada que no quisiera hacer.

Las marionetas cortaban quirúrgicamente sus hilos dejando cuerda suficiente para mantener la discreción al despuntar la mañana. Desentumecían cuello y pies y conteniendo apenas su emoción se trasladaban a la galería de ciencias para continuar con las investigaciones en marcha. *Telescopios*, *microscopios*, *placas de Petri* y

reactivos se deslizaban desde las estanterías más altas ávidos de conocimiento. *Caperucita, Cenicienta, Blancanieves, la bruja y los tres cerditos* se enguantaban en látex sus pequeñas manitas y conversaban entre ellos con palabras enrevesadas.

Y así, por aquí y por allá bloques de madera, fichas, dados, dianas de velcro y figuras de toda clase y condición, construían realidades en las que la única barrera era su imaginación y el único límite el tiempo.

Un minuto antes de las seis de la mañana, justo el instante previo a que el primer rayo de sol lograra filtrarse entre las rejillas de la persiana, el *ding dong* del reloj ponía un punto y aparte a la diversión.

Entonces tenía lugar un vendaval de carreras desenfrenadas en todas direcciones. Y uno a uno todos y cada uno de los protagonistas de nuestra pequeña historia iban retornando a sus posiciones de origen, exactamente donde unas cuantas señoras y señores habían decidido que debían de estar. *Nancis, barbís y barriguitas* en el ala derecha de la tienda, junto a las cocinitas, las manualidades y los peluches de tonos pastel. Exactamente debajo de un gran cartel rosa indicando “juguetes para niñas de 0 a 12 años”. La misma operación se repetía en el ala izquierda: todos los “*manes*”, figuras de dinosaurios, camiones, coches y pelotas yacían bajo la consigna “juguetes para niños de 0 a 12 años”. Los “*alguienes*” no sabían muy bien dónde colocar los ambiguos instrumentos y les habían asignado un hueco alrededor del mostrador al fondo de aquel pulcísimo espacio.

Pero de todas estas clasificaciones, categorizaciones y codificaciones los juguetes no sabían nada. Nunca habían aprendido a leer sus propias instrucciones ni las etiquetas que los encorsetaban y precisamente por eso nunca se les había ocurrido que no pudieran hacer o ser nada que realmente desearan.

